

mi padre lo quiere, puesto que Dios lo ha querido.

Angélica inclinó la cabeza, y sonrió gozosamente.

—¡Oh! ya lo sabía y esperaba. Todo lo que he visto tiene que ser.

Monseñor, que había vuelto á su serenidad grave, puso de nuevo en sus labios el Crucifijo, que ahora Angélica besó cual sierva sumisa.

Luego, el Obispo con un gran gesto, por todo el cuarto y por encima de todas las cabezas, dió las últimas bendiciones, en tanto que los Hubert y el Padre Cornille lloraban.

Feliciano cogió una mano de Angélica, y en la otra manecita ardía, puesto en alto, el cirio de inocencia.

o

XIV

Se fijó la boda para los primeros días de Marzo.

Angélica continuaba muy delicada, á pesar de la alegría que irradiaba de todo su ser. Al principio, en la primera semana de convalecencia, quiso bajar al taller, empeñándose en dar fin al bordado en bajo relieve para la silla episcopal de Monseñor: decía alegremente que era su última obra de artesana, y que no se podía dejar un encargo en lo mejor. Pero fatigó aquel esfuerzo, y de nuevo tuvo que refugiarse en su cuarto, en el cual vivía tranquila y sonriente, sin la salud de antes, siempre blanca é inmaterial, como el día de la Unción, yendo y viniendo, con pasos menudós de fantasma, y descansando, pensativa, horas enteras de algún viaje largo, como, por ejemplo, ir de la mesa á la ventana.

Hubo que aplazar el matrimonio, acordando esperar su completo restablecimiento, que, gracias á los continuos cuidados, no podía tardar.

Todas las tardes subía Feliciano: con ellos estaban Hubert y Hubertina, y juntos se pasaban horas deliciosas, haciendo siempre los mismos proyectos. Angélica, sentada, se mostraba alegre y vivaracha, y era siempre la primera en hablar de los próximos días, tan ocupados, de los viajes, de la restauración del castillo

de las dichas que les aguardaban. Hubiérase dicho entonces que estaba salvada, cobrando fuerzas, gracias á la primavera, que se había adelantado, y que por la ventana abierta penetraba más tibia á cada día que pasaba. Pero recaía en los extremos de sus ensueños cuando estaba sola y no temía que la viesen. Por la noche, las voces habíanla rozado, y luego á su alrededor sentía que la tierra llamaba, y se hacía la luz en su alma, y comprendía que el milagro continuaba no más que para que se realizase su ensueño.

Quizá estaba ya muerta, y no revestía las apariencias de la vida más que por una prórroga que le concedían las cosas. Y esta ilusión, en sus horas de soledad, la mecía con dulzura infinita, sin que la asustara la idea de ser arrebatada en medio de su dicha, segura como estaba de que antes había de apurar su felicidad. El mal esperaba. No había más sino que su inmenso gozo se había vuelto un tanto grave. Se abandonaba inerte, sin sentir el peso de su cuerpo, volando en alas del más puro deliquio, y era necesario que oyese á los Hubert abrir la puerta, ó que Feliciano entrase, para que se irguiera y fingiera estar ya buena, y hablase entre risas de los años de la vida común, allá, muy lejos, en el paraíso soñado.

A fines de Marzo parecía más viva que nunca. Sólo dos veces había sufrido desvanecimientos. Una mañana cayó á los pies de la cama, precisamente al entrar Hubert con una taza de leche, y para engañarle hizo como que buscaba una aguja que había perdido. Y al día siguiente apareció muy alegre y habló de adelantar la boda para mediados de Abril. Todos se negaron: estaba muy débil. Se podría esperar. No había prisa. Pero Angélica se empeñó: quería que fuese en seguida, en seguida. Hubertina, sorprendida, concibió sospechas ante prisa tanta, y la miró un instante, palideciendo al ver el frío soplo que le hería. Pero en seguida la adorada enferma se calmó, con el tierno des-

seo de engañarles, sintiéndose, como se sentía, condenada á muerte. Hubert y Feliciano, en continua adoración ante ella, no habían visto nada, ni nada habían sentido. Angélica, poniéndose en pie por un supremo esfuerzo de voluntad, yendo y viniendo con su paso ligero de otras veces, como otras veces encantadora, dijo que sería tan feliz, que seguramente la ceremonia acabaría de curarla. En último caso que decidiera Monseñor. Y aquella misma noche, estando el Obispo, Angélica le manifestó su deseo, con los ojos fijos en los suyos, y sin apartar la vista, y con una voz tan dulce que por debajo de las palabras había la ardiente súplica de lo que no decía. Monseñor lo sabía, y comprendió. Fijó la boda para el 15 de Abril.

Desde entonces se vivió entre el tumulto de los preparativos. Hubert, á pesar de su tutela oficial, tuvo que pedir el consentimiento del director de beneficencia, que venía á representar el consejo de familia, ya que Angélica no era mayor de edad, y el juez de paz, señor Grandsire, se encargó de los detalles, á fin de evitar este lado penoso á Feliciano y á la joven; pero ésta, viendo que se escondían de ella, hizo un día que la llevasen su libreta de expósita, queriendo entregársela personalmente á su prometido. Estaba ya en estado de perfecta humildad, y quería que Feliciano supiese la bajeza de donde la sacaba, para elevarla hasta la gloria de su nombre legendario y de su inmensa fortuna. Sus pergaminos eran aquellos documentos administrativos, aquel registro talonario en que no había más que una fecha, seguida de un número. Lo hojeó una vez más, y luego se lo entregó sin sentir confusión alguna, feliz con la idea de que no era nada y de que él la hacía todo. Feliciano, hondamente conmovido, se arrojó y la besó las manos llorando, al ver, aquel único regalo que ella le hacía, regio regalo de su corazón.

Durante dos semanas, los preparativos llenaron todo Beaumont, trastornando de arriba abajo la Ciudad Baja

y la Ciudad Alta. Decíase que veinte mujeres trabajaban noche y día en preparar el equipo. Sólo el traje de boda ocupaba á tres: el canastillo costada un millón, era un mar de encajes, terciopelos, rasos y sedas, un río de piedras preciosas y diamantes de reina.

Sobre todo, lo que más agitaba á la gente eran las limosnas, que fueron de importancia, pues la novia quiso dar á los pobres tanto como se le daba á ella: otro millón, que cayó sobre la comarca como lluvia de oro. Al fin realizaba su antigua sed de caridad en medio de las prodigalidades del ensueño, abiertas las manos y haciendo caer sobre los desgraciados un río de riqueza, un desbordamiento de bienestar. En el cuartito blanco y desnudo, y desde el sillón viejo en que estaba clavada, se reía embelesada cuando el Padre Cornille la presentaba las listas de reparto. ¡Más, mas! No se daba bastante todavía: hubiese deseado que el viejo Mascart se diese festines de príncipe, y que los Choteau vivieran en el lujo de un gran palacio; que la señora Gabet curase y rejuveneciese á fuerza de dinero, y á las Lemballeuse, la madre y las tres hijas, las hubiera llenado de trajes y joyas. Un pedrisco de monedas de oro caía sobre la ciudad, como en los cuentos de hadas, hasta más allá de las necesidades diarias; sólo por la belleza y la alegría y la gloria triunfal del oro, derramándose sobre las calles y reluciendo á los rayos del inmenso sol de la caridad.

Finalmente, la víspera del gran día todo estuvo dispuesto. Feciliano había comprado detrás del Palacio episcopal, en la calle Magloire, un palacio antiguo, que se estaba acabando de instalar lujosamente. Tenía espaciosas habitaciones, adornadas con admirables telas, y llenas de muebles, los más preciosos; había un salón con tapices antiguos; un tocador azul, de una dulzura de cielo matutino; y, sobre todo, un cuarto para dormir, que era un nido, de seda blanca y de encajes blancos, nada más que blanco, ligero, tenue, algo como

un estremecimiento de lá misma luz.

Pero Angélica, á pesar de tener un coche aguardándola á la puerta, se había negado siempre á ver aquellas maravillas. Escuchaba su descripción con sonrisa embelesada; pero no daba orden alguna, ni quería ocuparse en el arreglo. No, no: aquello sucedía muy lejos, en lo desconocido del mundo, que seguía siendo para ella ignorado. Y ya que los que la amaban la preparaban toda aquella felicidad, deseaba entrar en ella como una princesa viniendo de países fantásticos y abordando el reino real en que había de reinar. Del mismo modo se negó á ver el canastillo que estaba abajo, el equipo de tela fina, bordado con sus iniciales y su escudo de marquesa; los vestidos de gala, cargados de bordados; las joyas antiguas, un pesado tesoro de catedral; las joyas modernas, verdaderos prodigios de montura delicada; lluvia de brillantes que no dejaba ver más que sus puras aguas. A la victoria de su ensueño bastaba con que aquella fortuna la esperase en su casa, irradiando en la ya próxima realidad de la vida. Únicamente le llevaron el vestido de novia la mañana del día de la boda.

Aquella mañana, al despertar en su enorme cama, Angélica, que todavía estaba sola, sintióse desfallecer un momento, desesperada, temiendo no poder tenerse en pie. Probaba, pero se le doblaban las piernas; y desmintiendo la valerosa serenidad que mostraba hacia semanas, una espantosa angustia, la última, se apoderó de todo su ser. Pero luego, cuando vió entrar á Hubertina radianté, la sorprendió verse andando, porque aquello no se debía seguramente á sus propias fuerzas, sino á un auxilio que viniese de lo invisible, á manos amigas que la sostenían. La vistieron; no pesaba nada, hasta el punto de que, en broma, su madre, asombrada, la dijo que no se moviese más, si no quería echar á volar.

Y en tanto vestían á Angélica, la fresca casita de los

Humbert, adosada al costado de la Catedral, se estremecía al soplo enorme del gigante, de todo lo que en él zumbaba con la ceremonia, la actividad febril del clero, y, sobre todo, el volar de las campanas, cántico continuo de alegría que hacía vibrar todas las viejas piedras.

En la Ciudad Alta hacía una hora que las campanas sonaban, como en las grandes fiestas, entre repiques triunfales.

El sol se había levantado radiante, y en la límpida mañana de Abril, olas de rayos primaverales la hacían vivir entre los alegres sonos que habían despertado á la población toda.

Beaumont entero estaba de fiesta para la boda de la bordadorcilla, que todos los corazones celebraban, llenos del ensueño de su real fortuna. El sol hermoso que caía sobre las calles era como la lluvia de oro, las limosnas de los cuentos de hadas que brotaban de aquellas manecitas delicadas. Y bajo aquella alegría de la luz, la multitud se transportaba en masa hacia la Catedral, llenando las naves laterales, desbordándose por la plaza del Claustro, en la cual se levantaba la fachada principal, como un ramo de piedra muy florido, del gótico más florido, que contrastaba con la severa base románica de abajo. En los campanarios, las campanas seguían sonando, y la fachada parecía ser la gloria misma de aquella boda, el vuelo místico de la niña pobre á través del milagro, todo lo que elevaba y flameaba en los calados y en el florecimiento de lirio de las columnitas, las balaustradas, las arcadas, los nichos de Santos con su dosel encima, las pifiones partidos en tréboles, adornados con florones y cruces, rosas inmensas, abriendo paso á la mística irradiación de sus fulgores.

A las diez los órganos sonaron. Llegaban Angélica y Feliciano andando, con pasos cortos, hacia el altar mayor, entre las filas apretadas de la multitud. Un so-

pló de admiración y enternecimiento hizo ondular todas las cabezas.

Feliciano, muy conmovido, pero grave y orgulloso con su belleza de joven dios, parecía más delgado por la severidad del frac. Pero la que robaba los corazones era Angélica, adorable y divina, llena de un encanto misterioso de aparición. Su traje era de moaré blanco, sencillamente cubierto con bellos encajes de Bruselas, entre los cuales había perlas, cordones de perlas finas, que señalaban los adornos del corpiño y los volantes de la falda. Rodeábala y llegaba hasta el suelo un velo de punto de Inglaterra, antiguo, sujeto á la cabeza por una triple corona de perlas. Y nada más: ni una flor, ni una alhaja, nada más que aquella ola ligera ó nube tenue que parecía encuadrar, entre el batir de unas alas, su carita dulce de virgen de vidriera, los ojos de violeta, de oro el cabello.

Dos sillones de terciopelo carmesí estaban dispuestos enfrente del altar para los novios, detrás de los cuales Hubert y Hubertina arrodilláronse en los reclinatorios destinados á la familia, en tanto que los órganos entonaban su frase de bienvenida. La víspera habían tenido una alegría inmensa que les había trastornado, no hallando bastantes acciones de gracias por su dicha propia, que se añadió á la de su hija. Hubertina había ido al cementerio una vez más con la triste idea de su soledad, de la casita vacía, ahora que su hija no iba á estar en ella; había rezado á su madre largo rato, y de pronto, algo, un choque que sintió en ella misma, la hizo levantarse, temblando, viéndose al fin atendida su ardiente súplica. Desde bajo tierra, después de treinta años, la muerta obstinada perdonaba, y les enviaba aquel hijo del perdón, tan ardentemente deseado y esperado. ¿Era en recompensa por su caridad hacia aquella pobre criatura de miseria, recogida un día de nieve á la puerta de la Catedral, y hoy casada con un príncipe, en medio de la pompa de todas las grandes ce-

remonias? Los dos allí estaban de rodillas, sin orar, sin formular palabras, extasiados de gratitud, exhalándose de todo su ser una acción de gracias infinitas. Al otro lado de la nave; Monseñor, también de la familia, lleno de la majestad del Dios que en la tierra representaba, resplandecía en la gloria de sus sagradas vestiduras, mostrando en la cara serena altivez, libre de las pasiones de este mundo: en tanto que los dos ángeles del bordado en bajo-relieve sostenían, por encima de su cabeza, las armas brillantes de los Hauteceur.

Empezó la ceremonia. Estaba presente todo el clero: los curas habían venido de sus parroquias para honrar á su Obispo. En la ola blanca de sobrepellices, que desbordaban a través de las verjas, lucían las capas áureas de los sochantres y las rojas sotanas de los monaguillos. La eterna noche de las naves laterales, producida por el aplastamiento de las pesadas capillas románicas, iluminábase aquella mañana con el límpido sol de Abril que encendía las vidrieras, donde llameaba un tizón ardiente de pedrería. Principalmente brillaba, con hormigüeo de cirios, la sombra de la nave central, con tantos cirios como estrellas en una noche de verano: en medio, el altar mayor ardía: la simbólica zarza, ardiendo con el fuego de las almas; y había cirios en candelabros, en ciriales y en arañas; y ante los esposos relucían, como soles, dos grandes candelabros de brazos redondos. Macizos de plantas verdes transformaban el coro en jardín vivo, en el cual florecían grandes ramos de azaleas blancas; camelias blancas y lilas blancas. Hasta en el fondo del ábside brillaban jirones de oro y plata, colgaduras medio entrevistas de terciopelo y seda. Un lejano deslumbramiento de tabernáculo, entre las masas oscuras de las verduras. Y por encima de todo aquel desplumamiento de luz elevabase la nave; las cuatro eno mes columnas del circuito subían á sostener la bóveda entre la titulación de tantos miles de puntos luminosos, que contrastaban con la luz del día al penetrar por los altos

ventanales góticos.

Había querido Angélica que la casara el buen Padre Cornille, y cuando le vió adelantarse con su sobrepellicz y su estola blanca, seguido de dos diáconos, sonrióse dulcemente. Era, por fin, la realización triunfante de su ensueño; se unía á la fortuna, la belleza, el poder, más allá de lo que soñara. La iglesia cantaba en sus órganos, irradiaba en los cirios, vivía por su pueblo de sacerdotes y fieles.

Jamás la antigua nave había resplandecido con pompa más soberana, como agrandada con una expansión de felicidad, con todo aquel lujo sagrado. Y Angélica sonreía sintiendo que llevaba la muerte consigo, en medio de aquella alegría gloriosa que celebraba su victoria. Al entrar había mirado la capilla de los Hauteceur, donde dormían Laura y Balbina, las Muertas bienaventuradas, arrebatadas muy jóvenes y en la plenitud de su amor. Y en aquella hora última se sentía perfecta, sobre todo vencedora de sí misma, corregida, renovada, no sintiendo siquiera la pasión y el orgullo de su triunfo, resignada á aquel realzamiento de todo su ser en el *hosanna* de su buena amiga la Catedral. Cuando se arrodilló fué como sierva humildísima y obediente, lavada enteramente la mancha del pecado original; y aquella renuncia que hacía de su ser la puso muy alegre.

El Padre Cornille bajó del altar para hacer en alta voz la exhortación: dió por ejemplo el matrimonio contraído por Jesucristo con la Iglesia; habló del porvenir, de los días transcurridos en la fe, de los hijos que había que educar como cristianos, y entonces nuevamente, ante aquella esperanza, Angélica sonrió, mientras que Feliciano á su lado se estremecía con la idea de toda aquella felicidad que ahora creía conquistada para siempre. Luego vinieron las preguntas consagradas del Ritual, las respuestas que ligan para toda la vida, el sí decisivo que Angélica pronunció, conmovida del fondo de su corazón, que Feliciano dijo en voz más alta, con dulce

gravedad. Lo irrevocable estaba ya hecho: el sacerdote había puesto entrambas diestras, una en la otra, murmurando la fórmula: *Ego conjungo vos in matrimonium, in nomine Patri, et Filii, et Spiritus Sancti*. Sólo faltaba bendecir el anillo, que es el símbolo de la fidelidad inviolable, de la eternidad del lazo: fué cosa larga. En la bandeja de plata estaba el anillo de oro, sobre el cual agitó el sacerdote el hisopo, haciendo la señal de la cruz. *Benedic, Domine, annulum hunc*... Luego lo presentó al esposo para mostrarle que la iglesia cerraba y sellaba su corazón, en el cual mujer ninguna que no fuese la suya, debía entrar en adelante, y el esposo lo puso en el dedo de la esposa para enseñarle á su vez que era el único hombre que en adelante existía para ella. Era la unión estrecha, sin fin, la señal de dependencia, llevada por ella, que constantemente había de traer á su memoria el recuerdo de la fe jurada, y era también la promesa de una larga sucesión de años, vividos en común, como si aquel anillo de oro les uniera hasta la tumba. Y en tanto que el sacerdote, después de las oraciones finales, les exhortaba nuevamente, Angélica, que sabía, sonreía con su clara sonrisa de renuncia de todas las cosas.

Entonces los órganos clamaron con clamor de alegría, mientras el Padre Cornille se retiraba con los diáconos. Monseñor, inmóvil y lleno de majestad, dirigió, á la pareja sus ojos de águila, muy dulces.

Los Hubert, que seguían arodillados, levantaron la cabeza, cegados los ojos por lágrimas de felicidad. Y la frase enorme entonada por los órganos, rodó y se perdió en una lluvia de notas pequeñas agudas que daban en las bóvedas, como un canto matinal de alondra. Un hondo estremecimiento, enternecido rumor, agitó la masa de fieles apiñada en la nave y en las laterales.

La iglesia, adornada de flores, brillante de cirios, irradiaba en la alegría del Santo Sacramento.

Luego vinieron dos horas de soberana pompa, la mi-

sa cantada y los incensarios.

Apareció el celebrante, con la casulla blanca, acompañado del maestro de ceremonias, de los dos turiferarios con el incienso y la naveta, y los dos acólitos con los altos candeleros de oro encendidos. La presencia de Monseñor complicaba el rito, los saludos, los besos. A cada minuto inclinaciones y genuflexiones que hacían batir las alas de las sobrepellices.

En los viejos asientos, llenos de esculturas y tallados, el Cabildo entero se levantaba; otras veces, como un aliento venido del cielo, hacía caer repentinamente de rodillas al clero, cuya multitud llenaba el ábside. El celebrante cantaba en el altar: luego callaba é iba á sentarse, mientras que el coro, á su vez, proseguía lentamente las graves frases empezadas por el chantre, ó las notas finas de los niños de capilla, ligeras y aéreas, como de flautas de arcángel. Surgió una voz muy bella y pura, una voz de joven, deléitosa de oír; la voz, decíase, de la señorita Clara de Voinecourt, que había querido cantar en aquellas bodas del Milagro. Los órganos que la acompañaban lanzaban sonoro, amplio y enternecido suspiro, algo como la serenidad de un alma buena y dichosa. Luego reinaban repentinamente silencios, para que á poco los órganos estallaran en rugidos formidables, en tanto que el maestro de ceremonias guiaba á los acólitos con sus candeleros y guiaba los turiferarios hasta el celebrante, que bendecía el incienso de las navetas. Y á cada momento veíanse volar los incensarios con el vivo rayo y el argentino ruido de las cadenas. Una nube odorífica azulaba el aire: se incensaba al Obispo, al clero, al altar, al Evangelio, á cada persona y á cada cosa á su vez, y hasta á las masas profundas del pueblo, con tres golpes, al frente, á derecha y á izquierda.

Entretanto Angélica y Feliciano, de rodillas, oían con devoción la misa, que es la consumación misteriosa del matrimonio de Jesucristo y la Iglesia. A cada uno les

habían puesto en la mano una vela encendida, símbolo de la virginidad conservada desde el bautismo. Después del *Pater noster* se les puso el velo, signo de sumisión, de pudor y modestia, en tanto que el sacerdote, de pie al lado de la Epístola, leía las oraciones del Ritual. Continuaba con las velas encendidas, que son también una advertencia para pensar siempre en la muerte, hasta en medio de la alegría de la boda. Y se acabó: se hizo la ofrenda y se fué el celebrante, acompañado del maestro de ceremonias, los turiferarios y los acólitos, después de haber rogado á Dios que bendijera á los esposos, á fin de que viesén á sus hijos crecer y multiplicarse hasta la tercera y la cuarta generación.

En aquel momento la Catedral entera parecía conmoverse con aquel triunfo. Los órganos empezaron la marcha triunfal, con un estallido de truenos que hacía retemblar al viejo edificio. Exaltada la multitud, de pie, se empinaba para ver: las mujeres subían á las sillas; había filas apretadas de cabezas hasta en el fondo de las negras capillas de las naves laterales, y todo aquel pueblo sonreía, latiendo los corazones todos. Los miles de cirios, en aquel adiós final, parecían arder con llama más alta y viva, lenguas de fuego que parecían hacer vacilar las bóvedas. Subía al cielo un último *hosanna* del clero entre flores y verduras, en medio del lujo de los ornamentos y vasos sagrados. Y de pronto, la puerta grande, situada bajo los órganos, abrióse de par en par, rasgando el muro sombrío con ancha sábana de luz. Era la clara mañana de Abril: el vívido sol de la primera: la plaza del Claustro, con sus alegres casas blancas: y allí otra multitud que esperaba á los esposos, más numerosa y con simpatía más impaciente, agitada ya por gritos y aclamaciones. Los cirios palidieron: los órganos, con su clamor de trueno, cubrían los rumores de la calle.

Andando lentamente, entre la doble fila de fieles, Angélica y Feliciano se dirigieron hacia la puerta. Angé-

lica, después del triunfo, salía de ensueño, y andaba hacia fuera para entrar en la realidad. Aquel pórtico de luz cruda se abría sobre el mundo ignorado por ella, que acortaba el paso, miraba las cosas activas, la multitud tumultuosa, todo lo que la reclamaba por suyo y la sonreía. Su debilidad era tanta, que su marido casi la llevaba. Sin embargo, continuaba sonriendo, y pensaba en el palacio de príncipes, lleno de joyas y trajes de reina, donde la esperaba el cuarto de novios, todo de seda blanca.

Un primer ahogo la obligó á detenerse, pero tuvo todavía fuerzas para dar algunos pasos: su mirada, ya apagada, había encontrado el anillo que llevaba en su dedo, y sonreía ante aquel lazo eterno. Entonces, en el mismo dintel del portal grande, en la grada más alta de las que bajaban á la plaza, vaciló. ¿No había llegado al fin de la dicha? ¿No acababa allí la gloria de ser y sentir? Haciendo un último esfuerzo, irguióse, y puso su boca en la de Feliciano. Y en aquel beso murió.

Muerte sin tristeza. Monseñor, con su habitual gesto de bendición pastoral, ayudó á aquel alma á libertarse; calmado él también, vuelto al anonadamiento divino. Los Hubert, perdonados, al volver á la evidencia tenían la sensación extasiada de que acababa un sueño.

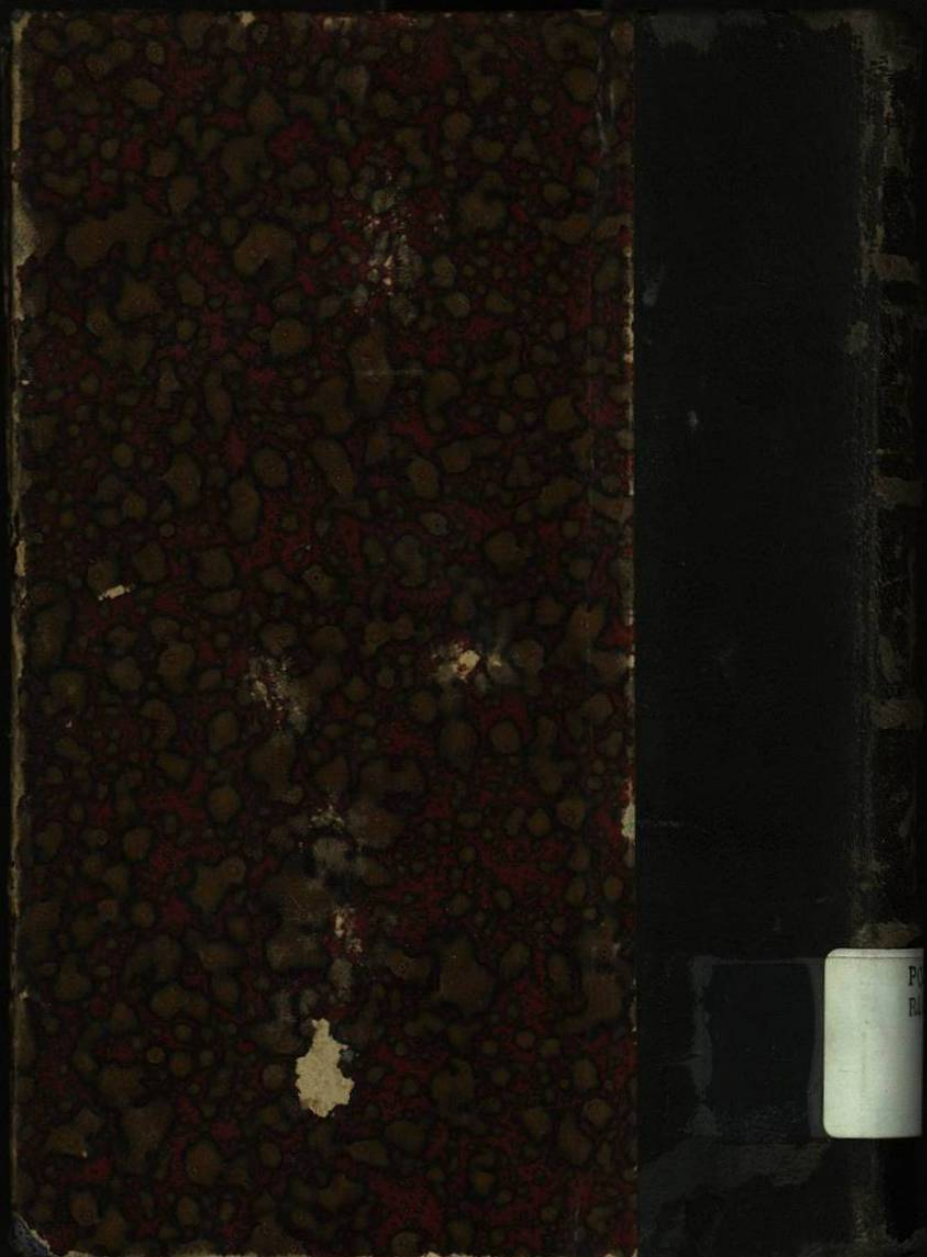
La Catedral toda estaba de fiesta. Los órganos rugían más alto todavía; las campanas sonaban á todo volar; la multitud aclamaba á la feliz pareja, en el dintel de la iglesia mística, bajo la gloria de un sol primaveral. Era un vuelo triunfal, Angélica, feliz, pura, arrebatada en la realización de su ensueño, desde las negras capillas románicas con llameantes bóvedas góticas entre restos de oro y de pintura, en pleno paraíso de la *Leyenda*.

Feliciano no sostenía más que una nada muy dulce y muy tierna, el traje de novia, todo de encajes y perlas, puñado de plumas ligeras de un pájaro, tibias todavía. Hacía mucho que veía que no poseía más que

una sombra. La aparición, que había venido de lo invisible, volvía á lo invisible. No había sido más que una apariencia que se disipaba después de haber engendrado una ilusión. Todo en la vida es sueño.

Y en la cima de la felicidad, Angélica había desaparecido en el tenue aliento de un beso.

FIN.



P
R